

La gracia del don

QUE LA GRATITUD PUEDA SER UNA OBLIGACIÓN ES ALGO QUE MUCHAS VECES SE PASA POR ALTO EN UNA SOCIEDAD QUE APENAS ES CONSCIENTE DE SUS DEUDAS –COMO ES PATENTE POR LOS CASOS DE CORRUPCIÓN QUE NOS RODEAN– Y MUCHO MENOS DE LAS DEUDAS DE GRATITUD

ANA MARTA GONZÁLEZ

Que la gratitud pueda ser una obligación es algo que frecuentemente se pasa por alto en una sociedad que apenas es consciente de sus deudas –como es patente por los casos de corrupción que nos rodean– y mucho menos de las deudas de gratitud, bien porque es una sociedad presentista, que no guarda memoria de los bienes recibidos, bien porque apenas es consciente del carácter gratuito de la mayor parte de los bienes que disfrutamos.

Las deudas de gratitud, en efecto, se adquieren al recibir bienes que no nos son debidos en razón de estricta justicia, pues deben su único origen a la liberalidad de quienes los otorgan. Solo entonces el bien recibido se presenta y se experimenta con el carácter gratuito del don, haciendo verdaderas las palabras de Shakespeare: la gracia del don “bendice a quien da y bendice a quien toma” (*El mercader de Venecia, IV, 1*), pues –como recordaba Juan Cruz– el don propiamente dicho es gracioso cuando ni viene exigido por la justicia ni viene a satisfacer una manifiesta carencia, de forma que se vuelva necesario el aceptarlo.

En toda sociedad humana se celebran actos cuyo objeto no es otro que reconocer o dar las gracias a alguien: una persona que ha contribuido al progreso y la prosperidad de su pueblo, una persona que ha

Las deudas de gratitud, en efecto, se adquieren al recibir bienes que no nos son debidos en razón de estricta justicia

trabajado durante muchos años para una empresa y se jubila, un proyecto de envergadura que ha salido adelante, una victoria que ha traído la paz, un buen trabajo desarrollado por un equipo, etc... Con carácter inmediato, esas celebraciones quieren ser una muestra de gratitud y reconocimiento hacia las personas directamente implicadas, por su esfuerzo y compromiso; pero, además, las celebraciones fomentan indirectamente el sentimiento de identidad y pertenencia; constituyen una ocasión para que todos hagamos un parón en el ritmo cotidiano y compartamos, recordando el sentido de la tarea colectiva de un modo que nos permita trascender los fines meramente individuales y volver con nuevas fuerzas –las fuerzas de todos– a nuestro quehacer ordinario. Por eso cualquier sociedad verdaderamente humana reserva tiempo para las fiestas: familias, ciudades, empresas y organizaciones del más diverso tipo... se permiten lo que solo en apariencia es un lujo: parar el ritmo cotidiano para reconocer y celebrar colectivamente lo que colectivamente es motivo de alegría.

Una de las organizaciones en las que cíclicamente, como corroborando el mismo ciclo de la vida, se celebran más actos liberales de este tipo es la universidad. Es el caso de aquellos actos académicos en los que se festeja el término de unos estudios en los

que los alumnos han obtenido un título de grado o de máster: no existe necesidad alguna que obligue a profesores y alumnos a reunirse para decir unas palabras recíprocamente amables: se han impartido las clases previstas, se espera con nerviosismo la evaluación, y, en la medida en que se cumplan los requisitos académicos necesarios para obtener el título, éste llegará con burocrática imprecisión...

Podríamos decir, incluso, que en tiempos pragmáticos como los que vivimos, actos liberales de ese tipo, tanto en las empresas como en las universidades, suponen una suprema pérdida de tiempo. Naturalmente, eso lo dice quien mide el tiempo únicamente con patrones de productividad y eficiencia.

CONOCIMIENTO Y DONACIÓN

En el caso de la universidad, una tras otra, las distintas promociones universitarias de grado y posgrado se suman a una tradición que, en último término, no hace más que celebrar, mediante la palabra y discursos generosos, la liberalidad que preside la transmisión del conocimiento, el hecho de que no pueda nunca simplemente compararse a la manufacturación de un producto, cuyo precio queda fijado por el mercado. Esto es así porque, no importa lo torpe que sea el profesor, en la transmisión del propio conocimiento hay siempre algo de exceso: al transmitir el propio conocimiento se transmite algo de la propia vida. Esto es coherente con designar como “Alma mater”, literalmente “madre nutricia”, a la universidad en la que uno se ha formado intelectualmente; y es coherente asimismo con la tradición de nombrar a algún profesor padrino o madrina de promoción, como

puntos de referencia en el camino posterior, de quienes celebran su graduación.

En su obra *¿Qué significa pensar?*, Heidegger ha glosado la proximidad semántica de las palabras *Denken* –esto es, pensar– y *Danken* –esto es, agradecer. En un sentido más profundo que el que podrá jamás reconocer una racionalidad puramente pragmática, la universidad debe concederse a sí misma el espacio para celebrar debidamente la transmisión del conocimiento, que constituye su razón de ser. Como viera Pieper, este es, en realidad, el genuino sentido de la fiesta, de toda fiesta: afirmar o reafirmar la vida como don, o el don de la vida, en este caso la vida intelectual. Si no celebrara estas cosas, o si la celebración se desvinculara

|||||

En la transmisión del propio conocimiento hay siempre algo de exceso: al transmitir el propio conocimiento se transmite algo de la propia vida

de la dinámica de gratuidad que define la transmisión del conocimiento, la universidad perdería poco a poco su identidad.

La inmersión en complejos problemas filosóficos, cuya “utilidad” es más que discutible, constituye en sí misma una prueba de la clase de vida intelectual que solo cabe desarrollar en un entorno académico, liberado de necesidades apremiantes; una experiencia de la libertad propia de la inteligencia, capaz de interesarse por la verdad, postergando para otro momento y lugar la resolución de los problemas cotidianos de la vida.

Buscar en todo la utilidad no es propio de personas magnánimas y libres”, me gusta repetir con Aristóteles (*Política* 1338 b 2-4). Los problemas cotidianos de la vida nos acompañan siempre, y

a ellos no tenemos más remedio que dedicar algunos pensamientos. Le pedimos a Dios que no sean muchos, pues es más noble y grato dedicar nuestros mejores esfuerzos a pensar en la solución de los problemas de otros, en los problemas de nuestro tiempo, e impulsar iniciativas en ese sentido. Pero si la promoción del bien humano constituye el horizonte práctico de nuestra vida, una de nuestras tareas fundamentales es discernir la naturaleza de ese mismo bien humano y aprender a protegerlo. Y en este punto, tener la experiencia de conocimiento y libertad que da la filosofía, y ser capaz de trasladarla a los demás juntamente con los hábitos necesarios para preservarla, constituye la mejor aportación que se puede hacer a las personas con las que se cruzan nuestros caminos.

EyH IDEAS

TRANSPARENCIA Y OPACIDAD

En una visita reciente a la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, Paul Steiger, durante casi dos décadas director de la redacción del *Wall Street Journal* y posteriormente fundador de ProPublica –una redacción online sin ánimo de lucro, centrada en el periodismo de interés público–, reflexionó sobre la dificultad (y la creciente necesidad) de practicar un periodismo de investigación centrado en la actuación de las instituciones, públicas y privadas. La razón de esa necesidad: que las empresas e

instituciones se han vuelto más sofisticadas vendiendo lo que hacen bien y escondiendo lo que hacen mal. Para Steiger, que se reafirmaba en una entrevista en *El País*, se da una situación paradójica: “Por un lado hay más leyes que garantizan la transparencia y más declaraciones y compromisos, pero a la vez hay más esfuerzos por evitar esa transparencia”.

De forma creciente, la práctica de la transparencia basada en la exuberante provisión de información –típica en la sociedad de la información, de las “corporaciones des-

nudas” (*The Naked Corporation*, *Ticoll* y *Tapscott*) y de la hipervisibilidad–, nos hace recordar el famoso poema de T.S. Eliot (*Choruses from the Rock*, 1934) donde se lamentaba del menguante conocimiento derivado de la abundancia de información:

“Where is the life we have lost in living?

Where is the wisdom we have lost in knowledge?

Where is the knowledge we have lost in information?”

Ocultar o ahogar la realidad y la verdad mediante el simulacro de un ejercicio informativo de plena transparencia se ha convertido en una práctica demasiado habitual en empresas e instituciones que desean ocultar algo a la sociedad. Pero esa transparencia y esa inmensa disponibilidad de información no pueden ser solo la base de es-